

Cinco claves de fondo para leer *Laudato si'*

Un texto tan integrador y tan bien articulado como esta encíclica, exige una mirada de conjunto que evite reducirla a parcialidades y reconozca su dinamismo interno. Por eso, después de mostrar ejemplos de lecturas recortadas, desarrollaré algunos ejes que estructuran la totalidad del documento.

Dos miradas

La encíclica de Francisco sobre el cuidado del medio ambiente toca tantos intereses que algunos, por las dudas, salieron a criticarla antes de leerla. Se trata de prejuicios relacionados con una gran dificultad para interpretar un texto desde una lectura completa. Por eso vale la pena recoger estas críticas que muestran las dificultades de las hermenéuticas ideologizadas y, por contraste, ayudan a reconocer la necesidad de una mirada de conjunto.

La mirada mezquina

Desde algunos sectores, con determinados intereses económicos, anunciaron que iba a dogmatizar indebidamente sobre cuestiones científicas. Nada de eso ocurrió, y más bien el texto dice que sobre cuestiones científicas debatidas «la Iglesia no tiene por qué proponer una palabra definitiva y entiende que debe escuchar y promover el debate honesto entre los científicos, respetando la diversidad de opiniones» (61). Insiste: «Una vez más expreso que la Iglesia no pretende definir las cuestiones científicas ni sustituir a la política, pero invito a un debate honesto y transparente» (188). Y agrega que «el respeto de la fe a la razón implica prestar atención a lo que la misma ciencia biológica» pueda enseñar (132). No dice ni una palabra acerca de las tan cuestionadas técnicas de extracción de hidrocarburos o de minerales. Sólo reclama cuidado, prudencia, diálogo honesto, sin dejar de advertir que «las aguas subterráneas en muchos lugares están amenazadas por la contaminación que producen algunas actividades extractivas» (29) o de mencionar «la contaminación con mercurio en la minería del oro o con dióxido de azufre en la del cobre» (51). ¿No son consideraciones obvias? ¿Por qué entonces esos intentos de hacerle decir lo que no dice, procurando así ridiculizar su propuesta? Este solo hecho debería motivar una lectura reposada de la encíclica.

El conjunto de la encíclica es muy equilibrado, hasta el punto que cualquier comentario corre el riesgo de *desequilibrar la balanza*. ¿Cómo no reconocer, por ejemplo, el realismo práctico de la siguiente afirmación?: «Mientras no haya un amplio desarrollo de energías renovables, que debería estar ya en marcha, es legítimo optar por la alternativa menos perjudicial o acudir a soluciones transitorias» (165). ¿Dónde está la irracionalidad de la que se lamentaron algunos empresarios? Por una parte Francisco respeta la libertad académica de quienes investigan y opinan sobre temas controvertidos como los transgénicos, por ejemplo. Afirma que «es difícil emitir un juicio general» (133), que «los riesgos no siempre

se atribuyen a la técnica misma sino a su aplicación inadecuada o excesiva» (133) y que «no hay comprobación contundente acerca del daño que podrían causar los cereales transgénicos a los seres humanos» (134). Sin embargo, es sumamente exigente y crítico con respecto a las cuestiones sociales y humanas que están alrededor, porque afectan directamente la dignidad de la vida humana: la contaminación, los oligopolios, los monocultivos que arrasan con los ecosistemas, la falta de diversidad productiva y los problemas de los pequeños productores, los derechos de los pobladores locales, etc. (cf. 134-135). Además denuncia que en estos temas la parcialización de la información es constante: «A veces no se pone sobre la mesa la totalidad de la información, que se selecciona de acuerdo con los propios intereses, sean políticos, económicos o ideológicos» (135).

Pero igualmente, a pesar de este equilibrio realista, ha desatado las iras de sectores tradicionalistas y neoliberales, a quienes podría dirigirse el siguiente párrafo:

«Tenemos la tentación de pensar que lo que está ocurriendo no es cierto. Si miramos la superficie, más allá de algunos signos visibles de contaminación y de degradación, parece que las cosas no fueran tan graves y que el planeta podría persistir por mucho tiempo en las actuales condiciones. Este comportamiento evasivo nos sirve para seguir con nuestros estilos de vida, de producción y de consumo. Es el modo como el ser humano se las arregla para alimentar todos los vicios autodestructivos: intentando no verlos, luchando para no reconocerlos, postergando las decisiones importantes, actuando como si nada ocurriera» (59).

Otro modo de leer la encíclica

Si alguien se pregunta por qué el Papa quiso escribir una encíclica sobre el medio ambiente, podríamos responder que lo ha hecho por fidelidad al nombre que eligió, pero en realidad la respuesta está en el primer título de la presentación: «*Nada de este mundo nos resulta indiferente*». A partir de ese interés genuino por el mundo, cuando plantea exigencias y reclamos, lo hace a su estilo, sin pelos en la lengua. Pero en este documento no aparece sólo el pastor, sino también un agudo pensador, capaz de plantear la problemática medioambiental *en toda su amplitud*, para estimular nuestra reflexión. Si bien supone la belleza del Evangelio, dialoga constantemente con la biología, con la pedagogía, con la ingeniería, con la psicología social, con la filosofía y con las preocupaciones de la sociedad. De hecho, en sí misma, la encíclica es un modelo de *diálogo con la cultura* bien logrado, porque las repercusiones fueron enormes, y fue leída y valorada por mucha gente que nunca antes había siquiera hojeado un documento de la Iglesia.

Se trata de un entramado de varios capítulos que aportan luces diferentes desde perspectivas muy variadas. Pasa de una aguda descripción de la realidad, a la política o a la espiritualidad, no como un mero rejunte, sino en cuidadosa filigrana donde todo se integra apuntando a un mismo objetivo: *cuidar*, una de las palabras preferidas de Francisco. Por eso se vuelve imprescindible una lectura transversal que procure reconocer la hondura del planteo.

Para ello propongo ahora cinco claves reflexivas que permiten una mirada de conjunto, y al mismo tiempo ayuden a reconocer una estructura de fondo. Porque interesan mucho menos

los capítulos de la encíclica que las preocupaciones fundamentales que aparecen y reaparecen, surcando el conjunto del texto. Estas claves, además, permiten advertir un entramado interdisciplinario, porque son asumidas aquí y allá pero desde diferentes perspectivas complementarias. La misma encíclica invita a este tipo de lectura cuando explica que los grandes temas son retomados desde diferentes ópticas y así «son constantemente replanteados y enriquecidos» (16). Recorramos estas claves procurando hacer hablar a la misma encíclica, cuyos textos son sobradamente claros.

1) El valor de cada criatura

Una primera clave es el convencimiento de que cada ser de este universo tiene algún sentido, algún significado, alguna utilidad y algún mensaje que comunicarnos. La luz del Evangelio potencia esta convicción, como lo muestran estas palabras de Jesús que la encíclica nos recuerda: «¿No se venden cinco pajarillos por dos monedas? Pues bien, ninguno de ellos está olvidado ante Dios» (Lc 12,6).

El Papa reconoce que a veces la centralidad otorgada al ser humano ha llevado a pensar que las demás criaturas son prescindibles. A su vez, «el antropocentrismo moderno, paradójicamente, ha terminado colocando la razón técnica sobre la realidad [...] De ese modo, se debilita el valor que tiene el mundo en sí mismo» (115). Por eso explica que «cuando insistimos en decir que el ser humano es imagen de Dios, eso no debería llevarnos a olvidar que cada criatura tiene una función y ninguna es superflua. Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios» (84). No se trata sólo de procurar la preservación de especies con un fin utilitario, como meros recursos para el futuro, «olvidando que tienen un valor en sí mismas» (33), que «los demás seres vivos tienen un valor propio ante Dios» (69). Por eso «hoy la Iglesia no dice simplemente que las demás criaturas están completamente subordinadas al bien del ser humano, como si no tuvieran un valor en sí mismas y nosotros pudiéramos disponer de ellas a voluntad» (69). Además, la «contemplación de lo creado nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir» (85). Esto se convierte en una invitación a detenerse ante cada criatura, a prestar atención a su mensaje, como lo hacía Jesús, que «podía invitar a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro» (97).

Cada criatura aporta algo a la comprensión del todo, porque «el conjunto del universo, con sus múltiples relaciones, muestra mejor la inagotable riqueza de Dios [...] Entonces, se entiende mejor la importancia y el sentido de cualquier criatura si se la contempla en el conjunto del proyecto de Dios» (86). Por eso expresa con elocuente dolor la constante desaparición de especies «que nuestros hijos ya no podrán ver, perdidas para siempre» (33). «Por nuestra causa, miles de especies ya no darán gloria a Dios con su existencia ni podrán comunicarnos su propio mensaje. No tenemos derecho» (33).

El problema de la pérdida de la biodiversidad adquiere así una importancia enorme, a la cual muchos no prestaron debida atención por concentrarse excesivamente en las discusiones en torno al cambio climático. Porque, aunque por obstinación ni siquiera se acepte hablar del calentamiento global, la enorme y constante pérdida de especies a causa

de la acción humana (agricultura de gran escala e industrias) es ya una cuestión suficientemente grave.

2) Todo está conectado

La segunda clave es una ampliación de la primera, como si abriéramos más el campo de visión. Las expresiones «todo está conectado» y «todo está relacionado» se repiten tanto que cualquiera advierte que estamos ante una de las claves de comprensión de toda la encíclica. Es un modo de invitar a una visión amplia de la realidad, a una ecología integral que incorpore de manera interdisciplinaria los múltiples aspectos de la problemática: «Dado que todo está íntimamente relacionado, y que los problemas actuales requieren una mirada que tenga en cuenta todos los factores de la crisis mundial, propongo que nos detengamos ahora a pensar en los distintos aspectos de una *ecología integral*» (137).

Resulta obligado citar íntegramente un párrafo que desarrolla especialmente esta idea:

«No está de más insistir en que todo está conectado. El tiempo y el espacio no son independientes entre sí, y ni siquiera los átomos o las partículas subatómicas se pueden considerar por separado. Así como los distintos componentes del planeta – físicos, químicos y biológicos– están relacionados entre sí, también las especies vivas conforman una red que nunca terminamos de reconocer y comprender. Buena parte de nuestra información genética se comparte con muchos seres vivos. Por eso, los conocimientos fragmentados y aislados pueden convertirse en una forma de ignorancia si se resisten a integrarse en una visión más amplia de la realidad» (138).

Esto se convierte en una invitación a mirarnos a nosotros mismos en íntima conexión con la naturaleza, ya que «siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde» (89). Entonces no podemos «entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados» (139). Cuando habla de la *conversión ecológica* dice que «implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal. Para el creyente, el mundo no se contempla desde fuera sino desde dentro, reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres» (220). Citando *Evangelii Gaudium* recuerda que «Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación» (EG 215: LS 89).

Una existencia conectada: fraternidad y espiritualidad

Esto no es un descubrimiento de la ciencia moderna, porque en los relatos del Génesis «ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás» (70). E insiste: «Todo está conectado. Por eso se requiere una preocupación por el ambiente unida al amor sincero hacia los seres

humanos y a un constante compromiso ante los problemas de la sociedad» (91). Cuando esto no se comprende o no se vive, no sólo se daña la naturaleza, sino que el ser humano comienza a dañarse a sí mismo: «Todo está conectado. Si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona» (117).

Por eso también se vuelve contradictoria una preocupación por el ambiente unida a cierto resentimiento hacia los seres humanos o a un estilo de vida individualista: «No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos» (91). La contradicción se manifiesta especialmente en «la incoherencia de quien lucha contra el tráfico de animales en riesgo de extinción, pero permanece completamente indiferente ante la trata de personas, se desentiende de los pobres o se empeña en destruir a otro ser humano que le desagrade. Esto pone en riesgo el sentido de la lucha por el ambiente» (ibíd). Esta convicción se convierte en un llamado a reconocer y a gustar que «todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación» (92)

Desde otra perspectiva, advirtamos que precisamente porque todo está conectado, también es incoherente un sentido social que sea poco compasivo con las demás criaturas, ya que «cuando el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad. Por consiguiente, también es verdad que la indiferencia o la crueldad ante las demás criaturas de este mundo siempre terminan trasladándose de algún modo al trato que damos a otros seres humanos» (ibíd). Una mirada holística ayuda a recordar que «el corazón es uno solo, y la misma miseria que lleva a maltratar a un animal no tarda en manifestarse en la relación con las demás personas» (ibíd).

Hay otras consecuencias de este principio, que nos invitan a superar todo tipo de dicotomías y esquizofrenias: «Dado que todo está relacionado, tampoco es compatible la defensa de la naturaleza con la justificación del aborto. No parece factible un camino educativo para acoger a los seres débiles que nos rodean, que a veces son molestos o inoportunos, si no se protege a un embrión humano aunque su llegada sea causa de molestias y dificultades» (120). Asimismo «si todo está relacionado, también la salud de las instituciones de una sociedad tiene consecuencias en el ambiente y en la calidad de vida humana» (142).

En un precioso párrafo, la encíclica muestra el fundamento último de esta convicción en el misterio de la Trinidad, mostrando al mismo tiempo su principal consecuencia moral y espiritual:

«Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente. Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en

comuni3n con Dios, con los dem1s y con todas las criaturas. As3 asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creaci3n. Todo est1 conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad» (240).

As3, este principio integrador se traslada tambi3n a la vida espiritual, ya que «la espiritualidad no est1 desconectada del propio cuerpo ni de la naturaleza o de las realidades de este mundo, sino que se vive con ellas y en ellas, en comuni3n con todo lo que nos rodea» (216). Al mismo tiempo, los distintos aspectos de la maduraci3n personal, como el amor, el cuidado de la vida, el orden, o el respeto, est1n «3ntimamente relacionados entre s3» (213).

Cambio clim1tico

Por supuesto que todo esto tiene consecuencias pr1cticas para el medio ambiente: «Las razones por las cuales un lugar se contamina exigen un an1lisis del funcionamiento de la sociedad, de su econom3a, de su comportamiento, de sus maneras de entender la realidad» (139). En el contexto de esta convicci3n sobre las conexiones entre los distintos fen3menos, se pueden comprender las afirmaciones sobre el cambio clim1tico. Porque si ning3n fen3meno puede comprenderse de manera aislada, entonces es dif3cil pensar que la contaminaci3n provocada por el ser humano no incida en la atm3sfera y en el calentamiento global. Se puede calcular f1cilmente que si todos los habitantes del planeta tuvieran el nivel de consumo de los habitantes de Estados Unidos, la situaci3n se volver3a insostenible. Sabemos, adem1s, que el consumo, los desperdicios, la contaminaci3n y la emisi3n de gases han tenido un enorme crecimiento en los 3ltimos dos siglos. ¿C3mo no pensar que esto tiene alguna relaci3n con el cambio clim1tico? El Papa expresa delicadamente que «es dif3cil no relacionarlo con el aumento de eventos meteorol3gicos extremos, m1s all1 de que no pueda atribuirse una causa cient3ficamente determinable a cada fen3meno particular» (23).

De todos modos, aun sobre este tema, se advierte un supremo cuidado para no expresar m1s que lo que se puede decir. Afirma que «hay un consenso cient3fico muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema clim1tico» (23), y se refiere a las causas humanas que lo producen «o acent3an» (ib3d), recordando que «numerosos estudios cient3ficos se3alan que *la mayor parte* del calentamiento global de las 3ltimas d3cadas se debe a la gran concentraci3n de gases de efecto invernadero» (ib3d). Es verdad que algunos cient3ficos discuten la mayor o menor incidencia humana, pero ciertamente s3lo una peque3a minor3a sostiene que no existe el calentamiento global o que sus causas no tienen que ver con la intervenci3n humana.

Se trata de no aislar los fen3menos de su contexto, pretendiendo que la contaminaci3n del ambiente configura una realidad acotada y controlada, como si no tuviera incidencia alguna en el mundo que habitamos. Todo est1 conectado.¹

¹ Los sectores interesados en esconder este fen3meno trataron de imponer la idea de que el Papa fue asesorado por algunos pocos ambientalistas con posiciones extremas. Pero en realidad sabemos por Francisco que un primer borrador, propuesto por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, fue luego ampliamente superado por ricos

3) El estilo de vida o el verdadero buen vivir

El subtítulo de la encíclica, al referirse a *nuestra casa común*, ya expresa el contenido humanista del texto. Es la propia vida humana la que está en juego cuando la humanidad descuida su casa. Al mismo tiempo, nuestro estilo de vida tiene mucho que ver con lo que le pasa al ambiente, y la encíclica reconoce que una parte ineludible de la solución tendrá que ver con desarrollar «una noción más amplia de lo que es la *calidad de vida*» (192).

Cuando habla de la contaminación explica que «estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura» (22). Por eso presenta una apuesta educativa orientada a liberarnos de esa cultura superficial e irresponsable. En otra parte de la encíclica retoma la cuestión: «No podemos dejar de considerar los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas» (43). Subyace aquí la certeza de que la *calidad de vida* es mucho más que la propuesta de un consumismo voraz y superficial, por el cual «las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico» (203).

El actual paradigma tecno-económico termina plasmando una forma de vivir de la cual es muy difícil liberarse, porque «la vida pasa a ser un abandonarse a las circunstancias condicionadas por la técnica, entendida como el principal recurso para interpretar la existencia» (110) y «la sumatoria de constantes novedades consagra una fugacidad que nos arrastra por la superficie, en una única dirección. Se hace difícil detenernos para recuperar la profundidad de la vida» (113). Sin embargo, «la liberación del paradigma tecnocrático reinante se produce de hecho en algunas ocasiones. Por ejemplo, cuando comunidades de pequeños productores optan por sistemas de producción menos contaminantes, sosteniendo un modelo de vida, de gozo y de convivencia no consumista» (112).

Por eso no estamos solamente ante una encíclica sobre el medio ambiente. Pertenece al «magisterio social» (15) y es un aporte estimulante para un serio debate público sobre la sociedad que nos interesa construir y sobre el tipo de vida que queremos. Vale la pena que dejemos resonando estas palabras que están escritas para hacernos pensar:

«¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Por eso, ya no basta decir que debemos preocuparnos por las futuras generaciones. Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra» (160).

aportes y reclamos de más de 200 especialistas e instituciones de todo el mundo, representantes de diferentes líneas científicas.

Los síntomas en el medio ambiente nos hablan entonces de un problema ético y espiritual, porque «la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas» (56). El problema es que el cambio en el estilo de vida que se requiere para detener la decadencia se vuelve muy difícil, dado que nos encontramos muy condicionados por el paradigma reinante:

«Muchos saben que el progreso actual y la mera sumatoria de objetos o placeres no bastan para darle sentido y gozo al corazón humano, pero no se sienten capaces de renunciar a lo que el mercado les ofrece. En los países que deberían producir los mayores cambios de hábitos de consumo, los jóvenes tienen una nueva sensibilidad ecológica y un espíritu generoso, y algunos de ellos luchan admirablemente por la defensa del ambiente, pero han crecido en un contexto de altísimo consumo y bienestar que vuelve difícil el desarrollo de otros hábitos. Por eso estamos ante un desafío educativo» (209).

La alternativa de la autotrascendencia

Algunas familias han sido capaces de asumir una forma de vida alternativa, gracias a un camino de formación y de estímulo mutuo, porque «sólo a partir del cultivo de sólidas virtudes es posible la donación de sí en un compromiso ecológico» (211). Para que esto no quede en palabras o en reflexiones abstractas, Francisco pone como ejemplo que «si una persona, aunque la propia economía le permita consumir y gastar más, habitualmente se abriga un poco en lugar de encender la calefacción, eso supone que ha incorporado convicciones y sentimientos favorables al cuidado del ambiente. Es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas» (ibíd). Pensemos en el cuidado del agua, en la delicadeza de cocinar sólo lo que se va a comer, en la reutilización, en la sobriedad a la hora de hacer las compras, y en tantos gestos que la misma encíclica se detiene a mencionar, como detalles que conforman un estilo de vida.

Pero hay más que eso. En el fondo tenemos que volver a una de las convicciones más básicas de este Papa: la centralidad de la autotrascendencia:

«Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir. En este contexto, no parece posible que alguien acepte que la realidad le marque límites. Tampoco existe en ese horizonte un verdadero bien común. Si tal tipo de sujeto es el que tiende a predominar en una sociedad, las normas sólo serán respetadas en la medida en que no contradigan las propias necesidades» (204).

Sin embargo, «siempre es posible volver a desarrollar la capacidad de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea» (208). La autotrascendencia, que Francisco contrapone a la *conciencia aislada* y a la *autorreferencialidad*, es en definitiva «la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar

un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad» (ibíd).

El consumismo alentado por el actual paradigma, no sólo nos convierte en seres voraces, sino al mismo tiempo en individualistas cómodos. Por eso no hay maduración ecológica si al mismo tiempo no se madura en el sentido social. Para que de verdad sirva a una buena vida humana, el sentido ecológico debe estar íntimamente conectado al sentido social de la existencia, porque «no se puede proponer una relación con el ambiente aislada de la relación con las demás personas y con Dios. Sería un individualismo romántico disfrazado de belleza ecológica y un asfixiante encierro en la inmanencia» (119). Cuando el sentido social se debilita, la misma vida en sociedad se vuelve frágil: «La falta de reacciones ante estos dramas de nuestros hermanos y hermanas es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil» (25).

El consumismo enfermizo, que nos lleva a concentrarnos en nosotros mismos hasta el punto de ignorar a los demás, también nos vuelve atropelladores de las personas y del ambiente al mismo tiempo: «Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor. Esto tiene un impacto en el modo como se trata al ambiente» (225). Así se alimenta un círculo vicioso, porque difícilmente podrá esperarse de la política algún cambio importante, si los hábitos de la población llevaran a una escasa adhesión real: «El drama del inmediatismo político, sostenido también por poblaciones consumistas, provoca la necesidad de producir crecimiento a corto plazo. Respondiendo a intereses electorales, los gobiernos no se exponen fácilmente a irritar a la población con medidas que puedan afectar el nivel de consumo» (178).

Detenerse

La encíclica, en su capítulo referido a la espiritualidad, avanza en la propuesta de un estilo de vida impregnado de sólidas e intensas motivaciones interiores: «La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo» (222). Un eje de esta verdadera calidad de vida es la capacidad de *detenerse*, porque «en realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión» (223).

Esta actitud provoca una ampliación de la conciencia y de la capacidad de disfrutar «sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida» (223). En contra de la ansiedad consumista, se desarrolla un espíritu contemplativo: «Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena

atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido» (226).

4) El poder humano sin control

En una conversación que tuve con el Papa cuando él comenzaba a pensar en los contenidos de la nueva encíclica, dijo que estaba analizando especialmente la cuestión del poder, y que para eso estaba releendo a Romano Guardini. El texto de la encíclica confirma hasta qué punto avanzó en esa línea de análisis. Por eso considero que el capítulo III, poco mencionado en los comentarios a la encíclica, debería ser mucho más tenido en cuenta. Por discutir acerca de los síntomas no llegamos a advertir adónde apunta realmente el Papa cuando quiere ir al núcleo del problema. Él nos da explícitamente esta clave de lectura cuando dice: «No nos servirá describir los síntomas, si no reconocemos la raíz humana de la crisis ecológica. Hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla» (101). Precisamente, después de estas palabras comienza a desarrollar su crítica al poder, indicando que los avances tecnológicos «dan a quienes tienen el conocimiento, y sobre todo el poder económico para utilizarlo, un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero» (104). Por eso formuló esta pregunta: «¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad» (104).

Con un descarnado realismo, el Papa advierte que hoy el ser humano no está en las condiciones adecuadas para ejercer con abnegación, lucidez y honestidad un poder demasiado grande, y así «está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que le falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida abnegación» (105).

La denuncia del Papa apunta contra cualquier forma de poder que se erija por encima de la realidad y pretenda construirla a su antojo y según sus necesidades. Por eso insiste en la necesidad de «tomar conciencia de que vivimos y actuamos a partir de una realidad que nos ha sido *previamente regalada*, que es *anterior* a nuestras capacidades y a nuestra existencia» (140). Es la persuasión de que dependemos de una realidad *previa* a toda construcción nuestra, que debe ser ante todo recibida más que fabricada. Esta dificultad para reconocer y respetar algo que nos antecede y nos pone límites, se manifiesta de muchas maneras:

«La falta de preocupación por medir el daño a la naturaleza y el impacto ambiental de las decisiones, es sólo el reflejo muy visible de un desinterés por reconocer el mensaje que la naturaleza lleva *inscrito en sus mismas estructuras*. Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona discapacitada –por poner sólo algunos ejemplos–, difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza» (117).

De este modo, pretende llegar a las raíces más hondas de la problemática ambiental. Sería muy superficial afirmar que es una encíclica contra la tecnología, porque «nadie pretende

volver a la época de las cavernas» (114). Más precisamente, es un cuestionamiento profético al tremendo poder ligado al paradigma tecnológico-económico actual, que condiciona la vida de las personas y el funcionamiento de la sociedad, y su modo de entender el progreso. La arbitrariedad de este poder, que no se somete a nada ni se preocupa por cuidar la fragilidad, contradice profundamente el Evangelio y sólo puede abrir camino a nuevas situaciones dolorosas:

«Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad. La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo. El ideal de armonía, de justicia, de fraternidad y de paz que propone Jesús está en las antípodas de semejante modelo» (82).

Las expresiones más duras de la encíclica, de hecho, están dirigidas a los que tienen poder: «Llama la atención la debilidad de la reacción política internacional [...] Hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común» (54). «Quienes sufrirán las consecuencias que nosotros intentamos disimular recordarán esta falta de conciencia y de responsabilidad» (169). «Muchos de aquellos que tienen más recursos y poder económico o político parecen concentrarse sobre todo en enmascarar los problemas o en ocultar los síntomas» (26). «Los diseños políticos no suelen tener amplitud de miras. ¿Para qué se quiere preservar hoy un poder que será recordado por su incapacidad de intervenir cuando era urgente y necesario hacerlo? » (57).

El poder económico

Dentro de este marco, conviene entender adecuadamente los cuestionamientos de Francisco a la economía actual. Dejando de lado esa ínfima minoría conformada por los grupos tradicionalistas, que simplemente se dedican a rechazar en conjunto todo lo que diga este Papa, creo que conviene tomar en serio la reacción desmesurada de los sectores neoliberales, particularmente representados por una porción importante de los republicanos de Estados Unidos.

En primer lugar remarquemos que, aunque algunos quieran interpretarlo así, en las palabras del Papa no hay un rechazo de la economía o de la actividad empresarial orientada a producir riqueza. Afirma que la actividad empresarial «es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos, puede ser una manera muy fecunda de promover la región donde instala sus emprendimientos, sobre todo si entiende que la creación de puestos de trabajo es parte ineludible de su servicio al bien común» (129).

Lo que propone es el desafío de pensar otro tipo de economía, menos ligada a la especulación financiera y mejor orientada al bien común: «Todavía no se ha logrado adoptar un modelo circular de producción que asegure recursos para todos y para las generaciones futuras, y que supone limitar al máximo el uso de los recursos no renovables, moderar el consumo, maximizar la eficiencia del aprovechamiento de los recursos, reutilizar y reciclar. Abordar esta cuestión sería un modo de contrarrestar la cultura del

descarte, que termina afectando al planeta entero» (22) Se detiene especialmente a pedir líneas de acción que favorezcan el desarrollo de pequeños productores:

«Para que siga siendo posible dar empleo, es imperioso promover una economía que favorezca la diversidad productiva y la creatividad empresarial. Por ejemplo, hay una gran variedad de sistemas alimentarios campesinos y de pequeña escala que sigue alimentando a la mayor parte de la población mundial, utilizando una baja proporción del territorio y del agua, y produciendo menos residuos, sea en pequeñas parcelas agrícolas, huertas, caza y recolección silvestre o pesca artesanal [...] Las autoridades tienen el derecho y la responsabilidad de tomar medidas de claro y firme apoyo a los pequeños productores y a la variedad productiva» (129).

De ninguna manera rechaza el progreso, sino que propone delinear otro tipo de progreso, donde «los esfuerzos para un uso sostenible de los recursos naturales no son un gasto inútil, sino una inversión que podrá ofrecer otros beneficios económicos a medio plazo. Si no tenemos estrechez de miras, podemos descubrir que la diversificación de una producción más innovativa y con menor impacto ambiental, puede ser muy rentable. Se trata de abrir camino a oportunidades diferentes, que no implican detener la creatividad humana y su sueño de progreso, sino orientar esa energía con cauces nuevos» (191). En cambio, en la economía actual hay «una inversión tecnológica excesiva para el consumo y poca para resolver problemas pendientes de la humanidad» (192), mientras una economía más orientada al bien común «podría generar formas inteligentes y rentables de reutilización, refuncionalización y reciclado; podría mejorar la eficiencia energética de las ciudades. La diversificación productiva da amplísimas posibilidades a la inteligencia humana para crear e innovar, a la vez que protege el ambiente y crea más fuentes de trabajo» (ibíd).

Llama la atención que muchos economistas católicos se resistan a tomar el guante, y se sitúen en una actitud defensiva y hasta resentida, cuando podrían usar su creatividad para acompañar y enriquecer la propuesta de Francisco. Podrán discutirse científicamente varias cuestiones de macroeconomía, pero ciertamente hay un punto en el cual el Papa se distancia claramente de las perspectivas neoliberales extremas a partir de su conocimiento realista de los límites del corazón humano. Es en la convicción de que no basta la libertad de mercado para resolver todos los problemas. El hecho es que «el cuidado de los ecosistemas supone una mirada que vaya más allá de lo inmediato, porque cuando sólo se busca un rédito económico rápido y fácil, a nadie le interesa realmente su preservación [...] En el caso de la pérdida o el daño grave de algunas especies, estamos hablando de valores que exceden todo cálculo» (36). Estamos sencillamente ante un sano realismo, que lleva a remarcar que un ser humano dejado a sí mismo, al dinamismo de su propia libertad, no asegura el cuidado de los frágiles:

«Una vez más, conviene evitar una concepción mágica del mercado, que tiende a pensar que los problemas se resuelven sólo con el crecimiento de los beneficios de las empresas o de los individuos. ¿Es realista esperar que quien se obsesiona por el máximo beneficio se detenga a pensar en los efectos ambientales que dejará a las próximas generaciones? Dentro del esquema del rédito no hay lugar para pensar en los ritmos de la naturaleza, en sus tiempos de degradación y de regeneración, y en la complejidad de los ecosistemas, que pueden ser gravemente alterados por la intervención humana [...] No se considera seriamente el valor real de las cosas, su

significado para las personas y las culturas, los intereses y necesidades de los pobres» (190)

Desde el punto de vista ambiental, cierto límite al poder tecno-económico, que no resuelve los problemas de fondo, se encuentra en el llamado *principio precautorio* que se asume de esta manera:

«Si la información objetiva lleva a prever un daño grave e irreversible, aunque no haya una comprobación indiscutible, cualquier proyecto debería detenerse o modificarse. Así se invierte el peso de la prueba, ya que en estos casos hay que aportar una demostración objetiva y contundente de que la actividad propuesta no va a generar daños graves al ambiente o a quienes lo habitan» (186).

Un límite a tiempo

Pero hay una advertencia más general y mucho más seria: la que hace cuando pide asegurar un sistema normativo adecuado «antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecnoeconómico terminen arrasando no sólo con la política sino también con la libertad y la justicia» (53). La seriedad de esta advertencia no ha tenido ecos en la prensa. ¿Alguien se preguntó qué significa que el actual paradigma pueda arrasar *con la libertad*? Los poderes económicos y tecnológicos defienden la libertad de empresa y de desarrollo, pero eso no significa que defiendan la libertad de las personas en todo sentido, ya que «la alianza entre la economía y la tecnología termina dejando afuera lo que no forme parte de sus intereses inmediatos» (54).

Advirtamos entonces que, detrás de los cuestionamientos a la economía de mercado hay algo más decisivo: el asunto es *el poder*, y en todo caso la especulación financiera desenfadada como una forma en que se encarna un poder sin límites ni marcos éticos. Puesto que el poder –sea político, económico, empresarial, policial, etc. – requiere siempre un control y un límite, Francisco lamenta el daño de «la salud de las instituciones», el menoscabo «del civismo» y las «conductas alejadas de las leyes», con sus consecuencias graves en lugares donde «se corrompen conductas, se destruyen vidas y se termina degradando el ambiente» (142).

5) El abandono de los sin poder

Frente a los poderosos están los que no tienen poder, los descartables. En esta encíclica vuelven a tener un lugar privilegiado, porque los planteos sobre el ambiente están estrechamente conectados con las reivindicaciones sociales de los pobres y de los países menos desarrollados, de manera que la cuestión ambiental se sitúa en el marco del reconocimiento del otro. Interesan no sólo las relaciones con el ambiente, sino al mismo tiempo las relaciones entre nosotros. Por eso «*un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social*, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar *tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*» (49).

La íntima relación entre las cuestiones ecológicas y sociales aparece crudamente expresada en este párrafo, que no puede dejar de leerse:

«Seguimos tolerando que unos se consideren más dignos que otros. Dejamos de advertir que algunos se arrastran en una degradante miseria, sin posibilidades reales de superación, mientras otros ni siquiera saben qué hacer con lo que poseen, ostentan vanidosamente una supuesta superioridad y dejan tras de sí un nivel de desperdicio que sería imposible generalizar sin destrozar el planeta. Seguimos admitiendo en la práctica que unos se sientan más humanos que otros, como si hubieran nacido con mayores derechos» (90).

Por eso la encíclica retoma con firmeza la cuestión del destino común de los bienes de este mundo: «El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quien se apropia algo es sólo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros» (95). Entonces, si Dios creó el mundo para todos «todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados» (93).

Por una parte, «el deterioro del ambiente y el de la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta» (48), que tienen menos recursos para defenderse. Por otra parte, la llamada ecología urbana tiende a desfavorecer a los pobres: «Suele encontrarse una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas ‘seguras’, pero no tanto en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad» (45). El problema es que la sociedad consiente que los pobres se vuelvan invisibles, de manera que su presencia no cuestione sus hábitos de consumo y su estilo de vida. Porque «muchos profesionales, formadores de opinión, medios de comunicación y centros de poder están ubicados lejos de ellos, en áreas urbanas aisladas, sin tomar contacto directo con sus problemas. Viven y reflexionan desde la comodidad de un desarrollo y de una calidad de vida que no están al alcance de la mayoría de la población mundial. Esta falta de contacto físico y de encuentro, a veces favorecida por la desintegración de nuestras ciudades, ayuda a cauterizar la conciencia y a ignorar parte de la realidad en análisis sesgados» (49).

El desafío de la inclusión de los pobres reaparece permanentemente, por ejemplo, cuando pide sustituir la dádiva por la creación de puestos de trabajo: «El trabajo es una necesidad, parte del sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal. En este sentido, ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo» (128). Pero los criterios de la renta fácil llevan a «reducir costos de producción en razón de la disminución de los puestos de trabajo, que se reemplazan por máquinas. Es un modo más como la acción del ser humano puede volverse en contra de él mismo» (128), en una especie de *suicidio social* a largo plazo. Así vemos que «la misma lógica que dificulta tomar decisiones drásticas para invertir la tendencia al calentamiento global es la que no permite cumplir con el objetivo de erradicar la pobreza. Necesitamos una reacción global más responsable, que implica encarar al mismo tiempo la reducción de la contaminación y el desarrollo de los países y regiones pobres» (175).

Una lectura atenta permite reconocer que estas cinco claves también están íntimamente conectadas entre sí, condicionándose mutuamente: el estilo de vida consumista y ansioso termina consintiendo la lógica de poder que promueve el consumo desenfrenado. Dentro de esa lógica no tiene importancia ni el valor propio de cada ser ni la relación que existe entre las creaturas, y los más frágiles son sutilmente relegados. Creo que esta estructura interna de la encíclica es su mejor aporte, más allá de las particulares cuestiones científicas que puedan ser objeto de discusión.

Víctor Manuel Fernández